

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Dos amigos, Humberto Fossati y Dionisio Foainini Banzer.
Archivo: Augusto Fossati, 2006.



Giovanni Fossati. Archivo:
Augusto Fossati, 2006.



Humberto Fossati en plena campaña
durante la Guerra del Chaco.



Los hermanos Fossati Gemio, descendientes de Giovanni. Archivo:
Augusto Fossati, 2006.

GIOVANNI FOSSATI: UN INMIGRANTE EN LOS YUNGAS.

Hostigado ante la incomodidad reinante en el lugar y con la paciencia a punto de escurrírsele por las manos, Fossati contemplaba inquieto desde la proa del barco las primeras siluetas difusas de la gran urbe sudamericana. A medida que la distancia se acortaba y la capa traslúcida de la niebla matinal se diluía, los caserones y edificios de Buenos Aires se erguían inmóviles y a la vez impetuosos permitiendo a la multitud de viajeros exclamar con satisfacción y alivio contenidos toda clase de comentarios favorables respecto al destino que les aguardaba en la capital argentina. Tras meses de navegación a bordo de esa inmensa mole de planchas de metal y calderos inextinguibles, el cuerpo exhausto del italiano no veía la hora en que la nave encallase en el puerto para luego desembarcar y poner ambos pies sobre suelo firme. El tiempo para la mayoría de los viajeros, casi todos, si es que no todos, inmigrantes, mientras permanecían dentro del vapor, parecía confabularse maliciosamente con la pesadez y aletargamiento que producen los días de mar picado. Eran jornadas enteras que fácilmente se podían transformar en semanas completas, cuando el impredecible océano se proponía recrearse con las embarcaciones transoceánicas que

cruzaban sus aguas de un extremo a otro. De golpe, la nave se mecía con torpeza como si se tratase de un ligero barquito de papel; en el interior, la ansiedad y nerviosismo cundían en quienes se aventuraban por vez primera en hacer la mar. Los niños reventaban en llantos incontrollables mientras sus frágiles estómagos se empecinaban en desechar violentamente la comida ingerida tan sólo unas horas antes. En cambio por la noche, en los camarotes, el sueño no acudía con la prontitud de otros días y conciliarlo demandaba esfuerzos infinitos. Así, el viaje transcurrió lento y agotador, generando malestares diversos en ese hervidero humano que se preparaba para brindarse una segunda oportunidad de vida lejos de casa. Fossati, ni bien puso los pies en suelo argentino, después de haber descendido casi a empellones por las escaleras del muelle, comprobó que su estadía en Buenos Aires no iba a ser tan alentadora como se la imaginaba estando en Italia. Allá en su casa de Castelletto Sopra Ticino se pasaba el día soñando con las recompensas y satisfacciones que hallaría en esta parte del mundo. Pero la población de la ciudad porteña crecía a pasos agigantados gracias a la llegada de miles de inmigrantes europeos, la mayoría italianos como él, quienes buscaban afanosamente una actividad donde emplearse. Con este panorama adverso las oportunidades laborales empezaron a escasear generando un colapso inevitable. El forastero optó por buscar un nuevo horizonte en el norte de ese país, lejos, donde la presencia de sus paisanos era menos numerosa.

En las faldas de la Cumbre

Ni la decepción ni el desaliento tuvieron cabida en los ánimos del inmigrante. Atrás quedaban, y muy rezagadas, las escenas desmoralizantes de la urbe atestada de realidades diversas y personas desesperadas, donde más fácil era sucumbir ante el desencanto generalizado que generar iniciativas alentadoras. Desde ahora la meta estaba puesta en llegar con rapidez a los pueblos menos desarrollados del norte argentino. Cansado por el extenso viaje, pero con la voluntad inquebrantada, Fossati, acompañado de un grupo reducido de viajeros italianos, llegó hasta la frontera con Bolivia. La gran cantidad de kilómetros recorridos, unida a las vivencias inverosímiles que se encontraban a lo largo del camino desde la capital hasta esta remota población norteña, insuflaron en su espíritu una sed de aventura que ni él mismo pudo apaciguar en sus horas de ocio y relajación. De la boca de algunos comerciantes y viajeros se enteró de la existencia de tierras extensas y vírgenes al otro lado de la frontera, las cuales se presentaban propicias para incursionar en el campo de la agricultura. Además, eran legendarias las diversas historias que se tejían alrededor de la riqueza de las minas bolivianas, codiciadas desde tiempos inmemoriales por el hombre. Fossati no la pensó, y montado encima de una mula, acompañando al dueño de una recua de híbridos, traspasó la frontera dispuesto a jugárselas todas.

La travesía no fue nada halagüeña, sin embargo el italiano de Castelletto Sopra Ticino, después de atravesar valles de geografía accidentada, ascender por laderas inextricables y cruzar punas ventosas, llegó hasta la misma sede del gobierno boliviano, la ciudad de La Paz. Allí tomaría un descanso temporal para nuevamente dirigir sus pasos hacia el norte del departamento paceño. Giovanni Fossati amaba la aventura y a estas alturas este apasionamiento suyo no era ningún descubrimiento nuevo. Con el rostro achicharrado por las impías embestidas del sol altiplánico, y las manos y los pies cubiertos por ampollas, el extranjero, armándose de coraje y valor, inició un ascenso lento y penoso hacia la cordillera. La falta de oxígeno junto al inclemente frío de los Andes eran adversarios de temer, pero ni con sus acechos constantes se podía doblegar la voluntad de hierro que exponía el viajero. Pasado lo peor, vientos gélidos y nevadas frecuentes en las cimas más elevadas, Fossati descendió por una cadena montañosa de contrastes impresionantes. En cuestión de horas había dejado el frío polar de la Cumbre para hallar placidez en los valles templados de la zona de Los Yungas. La naturaleza rebosaba de vida a su alrededor, un acogedor olor a hierba húmeda se apoderaba de sus sentidos haciéndolo levitar por parajes de ensueño junto al vuelo prodigioso de mariposas multicolores y colibríes tornasolados. De esta forma fue recorriendo las rutas pintorescas pero accidentadas de esta interesante región boliviana hasta detenerse en la serena población de Coripata. En este poblado trabajará con ahínco en la destilación del alcohol. Sembrando caña de azúcar en las zonas bajas cercanas al río, Fossati entregaba a cada jornada tiempo, constancia y sacrificio. Cabe añadir que su agudo sentido comercial le permitió incrementar su patrimonio económico y pronto adquirió una propiedad de

dimensiones interesantes en la hospitalaria región montañosa. Así, el comerciante de la caña empezó a trazar su nombre con tinta dorada en el incipiente sector del comercio boliviano. Claro, no iba a disfrutar solo de las bondades que su nueva vida le estaba prodigando. En el mismo pueblo de Coripata conoció a Paulina Flores, dama yungueña con la que organizó su hogar y con quien tuvo a su hijo Humberto. Éste, en el transcurso de los años, llegó a desempeñar funciones de primer nivel en el escenario social boliviano, siendo su principal misión la de presidir el Banco Central de Bolivia.

Giovanni Fossati vivió intensamente cada uno de los años que le fueron asignados en esta vida, hasta que su corazón noble y poderoso dejó de latir cuando la sombra silenciosa y despiadada de la neumonía se apoderó de su salud.